

PRÓLOGO

¡El Oriente! ¿Quién es capaz de pintar la mágica influencia de este vocablo en la fantasía occidental?

El Oriente es la tierra de la luz; para nosotros en su seno nace el día; allí surge el sol; desde allí se eleva como un gigante y principia su carrera. Su fulgor tiene para nosotros tantos atractivos, es un venero de tantas delicias, que nuestros ojos y nuestro corazón se vuelven instintivamente hacia las remotas playas de donde procede.

El Oriente es la región del misterio; allí hay pueblos, costumbres, sentimientos, almas y necesidades completamente distintas de las nuestras; existe un curioso contraste entre su vida tranquila, inmutable y en cierto modo cristalizada, y la nuestra, agitada, vaporosa y turbulenta. ¡Ah! ¡Cómo nos atrae ese contraste y qué sorpresas y emociones tan inesperadas nos reserva!

El Oriente, y eso ante todo, es la región de Dios. Allí se presentó junto á la cuna de la humanidad, dejando entrever y augurando desde un principio ese derroche de ternuras, que prodigó al género humano. Allí se desplegó á través de los siglos esa epopeya grandiosa que constituye la historia religiosa del

mundo. Desde Adán hasta Jesucristo no se ha dejado de oír, por decirlo así, la voz del Señor. Aún parece que resuenan los ecos del Horeb, del Sinaí, del Moriah, de Sion, del Tabor. A cada paso levantamos algo de polvo sagrado, cada piedra evoca algún recuerdo inmortal.

Por encima de todas las memorias del tiempo, y en medio de un fulgor que no han podido entibiar los siglos, se mece y viene á posar al gran Recuerdo Evangélico. La personalidad divina de Jesús llena estos parajes con su invisible presencia. Al recorrer, Evangelio en mano, la Judea y la Galilea surgen preciosas escenas con tanta vida y colorido que parece se realizaron ayer. Se presencia el nacimiento del Salvador y las lindísimas circunstancias que le rodearon en la humilde cabaña de Belén. Se medita, en Nazaret, sobre la humildad de la vida íntima de la Sagrada Familia; sobre los años profundamente misteriosos de la infancia de Jesús. Se contempla la progresiva dilatación del horizonte de su gloria desde su aparición en el mundo. Se recorren en su compañía las sendas que van de Nazaret á Jerusalén, á través de la triste Samaria; de Nazaret á Tiberiades por la fértil Galilea; del Jordán y de Jericó á Betania, cruzando el desierto de Judá. A su lado se vá y se viene por las orillas del lago de Genesaret, verdadera cuna del Evangelio. Se trepa por las montañas que le rodean, asistiendo con el pensamiento á

sus plegarias nocturnas y á las arrebatadoras escenas de que estas cumbres fueron testigos. Con El se puede montar en aquellas pobres barcas pesqueras que surcan el lago de Galilea; se ve á los Apóstoles cómo reman fatigosos, bajo el fuego de un sol sin entrañas y cómo alargan y arrollan la recosida vela triangular; se admira la pesca milagrosa; se aterrará uno ante la tempestad que amenaza tragárselo todo; se oye el grito de los discípulos y se adora la intervención de Jesús derramando calma en el aire y en las olas. Se ven las multitudes en pos del Divino Maestro, los niños, los enfermos, los pobres, los fariseos, los culpables buscando la salud, las bendiciones, una palabra de aliento y de misericordia. Se participa de la admiración de la multitud oyendo esa voz de dulzura sin par; esa Palabra que en nada se parece á las de los hombres; esa Doctrina que deja á infinita distancia en pos de sí todas las concepciones de los más aventajados genios. El Espíritu se esclarea y el corazón se abrasa al oírlo. Se advierte en el alma un soplo de vida superior que la levanta del polvo para sublimarla al cielo.

Se admira la bondad de Jesús, su benevolencia y su inagotable caridad. Nadie le implora en vano: á un signo de su voluntad los cojos andan, los ciegos ven, los sordos oyen, los muertos resucitan, los posesos consiguen su libertad. Sale de él una virtud divina y brotan de su adorable persona la vida y la salud

como una irradiación de ventura. Por eso le siguen paso á paso á Gethsemaní, al Pretorio, al Calvario, al Sepulcro, al lugar de su Ascensión y la preciosa evocación se realza por momentos y surge la espléndida visión ante los presentes.

Y es que realmente todo se ha modificado, pero nada ha cambiado en este inmortal paisaje. Veinte siglos han pasado por esa tierra de Judea, produciendo hondas huellas en su fisonomía, pero dejando intactas sus grandezas. Cinco ó seis revoluciones, los Romanos, los Persas y los Turcos, han paseado la daga y la tea sobre Jerusalén: el Templo se ha desplomado, los palacios y las sinagogas han desaparecido, la antigua ciudad se ha hecho escombros, el polvo de los mismos amontonados cubre los cimientos de los edificios del tiempo de Jesús, y las losas de la vía romana, teñidas con su Sangre. Pero los parajes incommovibles permanecen aún. Las montañas y los valles continúan. Jerusalén, Belén y Nazaret estaban donde hoy los contemplamos.

La mirada de Jesús ha iluminado aquellos mismos horizontes. Sus pulmones han respirado el mismo aire, el mismo sol iluminó sus pasos, el mismo cielo de hoy es el dosel cerúleo que se desplegó sobre su cabeza. Las mismas estrellas le sonrieron, las mismas sendas recibieron la huella de sus plantas; las mismas fuentes de hoy refrescaron su boca tras las fatigas evangélicas; éstas son las flores que El contem-

pló y los frutos de que se alimentó. A cada paso parece que se le va uno á encontrar, que va á aparecer volviendo del desierto. A cada minuto de recogimiento se hace uno la ilusión de que las brisas de la tarde traen los últimos ecos de su dulce y vivificadora palabra.

Precisamente en esta inefable y conmovedora sensación es donde se encuentra el exquisito placer, el divinal encanto de toda expedición por Tierra Santa.

Esa impresión quisiéramos hacer sentir en estas páginas, tal como la hemos experimentado, para consuelo de todos aquellos que se complacen en caminar en espíritu, *en pos de Jesús*.



BELÉN

SITUACIÓN É HISTORIA

Belén. ¡Qué auras matinales se respiran en torno de este nombre predestinado! El recuerdo que nos evoca tiene algo tan emocionante, tan sublime, que el alma no puede permanecer insensible al oírlo pronunciar. Aun los más escépticos se sienten conmovidos ante aquella humilde cuna de Jesús. Dicho se está que para los creyentes las horas rapidísimas, que pasan en ese lugar sacrosanto, son horas de cielo.

*
* *

A algunas leguas de Jerusalén, al oriente del camino de Hebrón, en uno de los más amenos parajes de Judea, se extiende Belén por la cumbre de dos colinas, plantando cara al naciente astro del día. A sus pies se tiende la alfombra del fértil valle de los Algarrobos que de pliegue en pliegue va á perderse en el Mar Muerto.

Los campos ceñidos de humildes tapias de piedra que van formando terrazas sucesivas, proporcionan á los naturales y á los extranjeros ricas legumbres y sabrosas frutas. Una infinidad de higueras y olivos dan pinceladas de verde en aquel fondo entristecido

por los peñascos que se yerguen por doquiera. Más abajo, rodeadas de tapias ó de setos vivos, aclaran el verdor las viñas con su tradicional torre, de donde vigila el guarda nocturno durante la estación de la vendimia; más abajo aún se dilatan las planicies sembradas de centeno y cebada, que aún se conocen con el patriarcal vocablo de Campos de Booz.

Cortan el horizonte las áridas cimeras de los montes de Judá; más allá se abren los abismos de negrura, donde se ocultan el Jordán y el Mar Muerto, y allá á una distancia que apenas se aprecia, cierran la perspectiva como gigantesca muralla, la larga hilera de las montañas de Galaad y de Moab. Por encima nos cobija el cielo azul con sus lípidos cendales.

* * *

Belén se llamaba primitivamente Efrata, sin duda por la fertilidad de su suelo.

La primera vez que le nombra la Biblia es en la conmovedora historia de Jacob. El Patriarca había pasado de Bethel á Canaán, y se dirigía hacia el Oeste, llevando consigo el numeroso séquito de su servidumbre y de sus rebaños; iba á Hebrón á visitar la tumba de su abuelo Abrahán, el amado del Señor. Abrahán recibió el primero la Divina promesa del Mesías y Dios acababa de renovarla á Jacob y á Bethel. Era en la primavera; las montañas sembradas de verde musgo y olorosa retama, y el perfume de las flores silvestres embalsamaban el aire. Muy cerca ya de Efrata, en el camino, Raquel se vió sorprendida por los dolores del alumbramiento; y como éstos eran extraordinarios comprendió desde luego que aquel niño iba á costarle la vida. Entonces, con

voz apagada, como un suspiro, le llamó Benoni, que significa, hijo de mi dolor. Jacob, por su parte, le llamó Benjamín, es decir, hijo de mi diestra, mi predilecto, aquel sobre quien descansa el corazón.

Raquel murió efectivamente en el trance y se le dió sepultura en aquel mismo lugar, en las riberas de Hebrón. Jacob le levantó un panteón sobre su tumba y todos los siglos lo respetaron. Ese monumento ha existido siempre bajo distintas formas. En nuestros días aún se venera la Tumba de Raquel á alguna distancia de Belén.

* * *

Idilio de Ruth.

Al hablar de Belén surge el gracioso idilio de Ruth y de Booz. Tras una temporada de escasez, un hombre de Belén, Elimelech, con su mujer Noemi y sus dos hijos, Mahalón y Chelión, abandonó el país de sus padres para pasar el Mar Muerto y buscar albergue y sustento en la tierra de Moab. Allí se establecieron; luego murió Elimelech. Sus dos hijos se casaron con dos moabitas: Ruth y Orpha. Al cabo de diez años murieron los dos, y las tres mujeres quedaron viudas. Entonces Noemi se resolvió á volver á su patria; el Señor compadecido había devuelto la abundancia al pueblo de Israel.

Noemi se propuso regresar sola á Belén; enternecida se despidió de sus nueras; Orpha llorando amargamente la estrechó entre sus brazos y se volvió á su hogar paterno.

Ruth, en cambio, se negó á separarse de ella á pesar de sus instancias: «De ningún modo, le dijo, iré

donde vayas; viviré donde tu vivas; tu pueblo será mi pueblo; tu Dios será mi Dios; donde tu mueras quiero morir yo. Mi tumba ha de estar junto á la tuya. Sólo la muerte será capaz de separarnos».

Noemi, conmovida por tanto cariño no replicó más, y juntas se fueron á Belén.

Inútil fué disimular su llegada. Noemi debía ser notable por su riqueza y por su beldad; pues el eco de su llegada pronto corrió por la población, y las mujeres se decían mutuamente «Mira Noemi».

Ella protestaba diciendo: «¡Ah! no me llaméis ya Noemi que significa hermosa, sino Mara, es decir desdichada; pues el Todopoderoso me ha saturado de amargura. Cuando me fuí tenía de todo y ya no tengo nada».

Llegaron á Belén en plena recolección de cosecha. Es cierto que carecían de recursos, ya que Ruth se prestó á ir espigando por caminos y rastrojos; esas espigas son la porción de los pobres y la limosna de los ricos. Bajó al valle y se puso á recoger las espigas en pos de los segadores de aquellos espacios campos.

Ahora bien, estos campos eran propiedad de un magnate llamado Booz, pariente de Elimelech. El primer día ya se encontró Booz con la joven extranjera; en seguida recomendó encarecidamente á los segadores fomentasen la recolección de la hermosa espigadora, haciéndole así una gran limosna sin lesionar su delicadeza.

Terminada la siega, advirtió Booz el parentesco que le unía con Ruth y encantado de sus virtudes la tomó por esposa, según la costumbre de la época, para que no pereciese la raza de Elimelech. De ella

tuvo un hijo llamado Obed. Este fué el padre de Isaí ó Jessé que fué el padre de David.

Así vino á resultar que la moabita Ruth figurase en el abolengo del Mesías.

Pasemos en blanco dos generaciones para llegar á David, gloria de Belén.

* * *

La Ciudad de David.

David, hijo de Jessé, nieto de Obed, y biznieto de Booz y de Ruth, se presentó desde su niñez, como llamado á grandes cosas; la última rama, de una familia numerosa, que concentró en sí todas las dotes de su raza.

En sus tiernos años, fué arrullado con las tradiciones é historias de los prodigios que Dios obrara á favor de sus antepasados. Su alma naturalmente religiosa tenía un sello de piedad que se fué realzando con la edad. Dotado de un estro lírico, de que ningún mortal ha dado prueba, empezó desde niño á cantar en inimitables ritmos las alabanzas del Señor y de su divina Ley. Nadie ha manejado como él la sublime poesía de la naturaleza oriental. Las montañas, el mar, los torrentes, los cambiantes de luz y de sombra, la armonía de la gama cromática, el regio fulgor del astro del día; el encanto de las noches estrelladas, todo acude á su fantasía y estalla en cada nota de los Salmos como una sorpresa de armonía envuelta en un éxtasis religioso. Pero su alma va mucho más allá, y se sublima hasta llegar al Autor de estas maravillas. Parece como si el mundo se hubiera tornado en una cortina de gasa, al través de la que ha

contemplado la faz de Sabahot. El es el teólogo más sublime de todos los autores inspirados. Su lengua religiosa tiene una galanura y una profundidad incomparable. El ha visto diez siglos antes toda la grandeza del Dios del Evangelio; tanto, que no sabe uno que admirar más, si lo que nos revéla del Señor ó lo que nos profetiza del Mesías.

En el umbral de la adolescencia fué sorprendido por las miradas del Señor, cuando era el encanto de las de los hombres. Y cuando Dios cansado de las prevaricaciones del rey Saúl, se determinó á darle un sucesor para reinar en Israel, se fijó en el joven David y encargó al profeta Samuel que le invistiera solemnemente la púrpura real y derramase sobre su frente el oleo santo de la perdurable consagración.

Tranquilo estaba entre sus rebaños, cuando le sorprendió el Profeta. Siempre fué una gloria en el Oriente la faena del pastoreo. Esa labor, que tanto perfecciona las cualidades físicas y morales, fomenta la inclinación á la plegaria y al recogimiento; es sana, vigorizadora mucho más que la vida fabril y de sociedad. Así se desarrolló á las mil maravillas la virgen naturaleza de David. Su cuerpo con aquella vida de aire y sobriedad adquirió un temple de admirable perfección. Su abundosa cabellera rubia, sus ojos negros y elocuentes, la galanura de sus facciones, la nobleza de su continente, la decisión de su marcha, todo denotaba un carácter róbusto y una constitución escogida. En las primeras fases de su juventud ya dió pruebas de su valor y de su audacia. Conducía sus rebaños hasta la sombra del desierto sin temer el asalto de las sanguinarias fieras. Su honda y su cayado eran armas suficientes para ponerlas en fuga.

Su lucha cuerpo á cuerpo con un león que deshizo entre sus puños de acero, le acreditó de un valor legendario; con lo que á nadie extrañó que al emplear su brío contra sus enemigos, triunfase del gigante Goliat entre todos los aplausos del ejército de Israel. Era tal la simpatía de su carácter, que muy pronto cautivó el afecto de Jonatás, hijo del Rey Saúl, lo que dió margen á una amistad inmortal. Hasta el rey le quería junto á sí como lenitivo de su crónica melancolía. Como gran improvisador y músico delicado, al estilo de los antiguos trovadores templaba David con sus acordes la oscura languidez del rey, y hasta conseguía hacer brillar en su frente un vislumbre de serenidad y una sonrisa sobre sus labios.

Llamado por la Providencia á recoger la sucesión de Saúl y de Jonatás, llevó al trono aquellas dotes singulares que le habían hecho célebre en el mundo. En algunos encuentros gloriosos humilló á los enemigos de Israel. Se apoderó de Jerusalén y la hizo capital de su reino. Mandó construir su palacio y la ciudadela en el monte Sión, de donde dominaba todo el país. Reunió bajo su cetro todas las fuerzas dispersas de su reino. Estrechó los lazos de las doce tribus, y de todas aquellas hordas independientes llegó á formar un pueblo compacto y poderoso.

Tuvo debilidades que hacen muy humana su fisonomía; pero las expió regiamente con tal fervor, que apenas marchitaron su gloria; antes bien son sombras que sólo contribuyen á realzar más los puntos de luz del sublime cuadro de su vida. Su fama no cupo en su país. Del Egipto al Eufrates, y de Tiro á Palmira, los reyes se honraron con su amistad y los pueblos con su protección. Reunió los materiales del

templo, preparando el reinado de Salomón, su hijo, contribuyendo así de un modo muy directo, al monumento, tal vez más maravilloso del mundo antiguo, y al reinado más glorioso que registran las crónicas de la humanidad.

No obstante, la mayor gloria de David es haber sido el más grande entre los antepasados del Mesías, mereciendo darle su nombre. — El Salvador del mundo será el hijo de David y su reino será el reino de David sobrenaturalizado é inmortalizado.

La gloria del Rey-profeta ha recaído sobre su ciudad natal y desde entonces Belén tendrá por nombre en la historia, ciudad de David.

Sin embargo, á pesar de esta gloria Belén ha continuado como en sus principios, siendo una barriada sin importancia. Nunca despertó ni la envidia, ni el temor de los enemigos de Israel. Nunca llegó á conocer ni los esplendores soberanos, ni las catástrofes de la capital. Sin ocultar del todo las consecuencias de las innumerables guerras, que han desolado su país, se puede decir que relativamente ha sufrido muy poco por invasiones extranjeras. Al través de los siglos ha continuado su aspecto humilde y gracioso. No sucede como en Jerusalén, que á cada paso gime la vista con tristes recuerdos y ruinas seculares. A pesar de las inevitables tempestades que han descargado sobre ella, la Ciudad de David, conserva aún, en medio del solitario país, algo así como un oasis en medio del desierto.

* * *

La Gruta del Nacimiento

Belén, se presenta al viajero que llega de la meseta de Rafain, como un anfiteatro en dirección de Este á Oeste. El camino que conduce á la Gruta del Nacimiento, atraviesa la montaña de lado á lado. Es probable que esa fuera la senda por donde pasaron María y José, la noche de su llegada. Esta idea embriaga el alma del peregrino que no puede sustraerse un instante á tan beatífico recuerdo. Adosada á la ciudad, por el Oeste, se encuentra una plaza bastante capaz que servía de parador á las carabanas, (*carabansera*) y en la actualidad es el mercado público.

Al otro lado, sobre los últimos peñascos que amenazan caer en el valle, se yergue audaz la imponente masa de la Basílica del Nacimiento. Santa Helena la mandó construir sobre la Gruta, que está engastada en las rocas, como una perla en su nido de aljófar.

Los Griegos y los Armenios han edificado sus conventos al Oeste de la Basílica; los Franciscanos al Este, con un suntuoso templo dedicado á Sta. Catalina.

Penetremos lo antes posible en la Basílica, atravesemos sus cinco naves solitarias; en cada uno de los extremos opuestos del santuario hay una escalera de muy pocos escalones para bajar á la Gruta del Nacimiento.

Este recinto augusto, estrecho y sombrío, es más largo que ancho. Sus paredes están cubiertas de una badana, vulgar y gastada. Cuelgan de la bóveda multitud de lámparas de plata y de oro cuya luz in-

quieta, como de medrosas estrellitas, imprime al ambiente un tinte de misterio y de recogimiento.

Junto á la entrada, la roca está partida formando un asiento, lugar que se venera precisamente como verdadera cuna de Jesús. Allí se ha levantado un modesto altar. Sobre las losas y debajo del altar hay incrustada una estrella de plata rodeada de esta inscripción: «*Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est.*» Aquí nació de la Virgen María Cristo Jesús.

A pocos pasos, en dirección Oeste, forma la gruta una oquedad, como retirado tabernáculo en que pueden recogerse en oración cinco ó seis personas. A derecha é izquierda de esta cueva, está partida la roca, dando lugar respectivamente al altar del pesebre, y al altar de los pastores.

Fácil es reconstituir aquella divinal escena.

Cuando el Dios Niño vino á este mundo, su madre la envolvió en unos pañales y le reclinó en aquel improvisado pesebre, que servía para los animales de paso.

Allí estaba en aquella cuna prestada, cuando llegaron los pastores para conocerle y adorarle. Desde el oscuro rincón que lleva su nombre, podían contemplar á su gusto y casi tocar con sus ojos al divino Niño.

No hay nada en el mundo tan conmovedor como estos augustos lugares y memoranzas. Se abisma al alma en estos recuerdos, se olvida uno de sí mismo; se evocan aquellas horas de bendición á través de un vacío de veinte siglos, y se nos presentan como si fueran de ayer.

Pero veamos lo que es superior á todo esto.

* *

La noche está en la mitad de su sueño. Por fuera lo émbarga todo el silencio. La gruta, como paloma con su cabeza oculta bajo las alas, está silenciosa; no turba aquel recogimiento el ir y venir de peregrinos y belenitas.

De repente, del corazón de media noche, como aparición de luz entre las sombras, surge el preste vestido de los sagrados ornamentos y empieza el adorable sacrificio sobre la misma roca en que nació el Redentor del mundo.

En aquel divino arrobamiento sueña el alma cuando brotan de los labios del sacerdote las palabras sacramentales: «Este es mi cuerpo; esta es mi sangre»; y el cielo se entreabre y Jesús desciende escoltado por la milicia angélica y vestido de eucarísticos velos, toma de nuevo su cuerpo de niño, como en la noche de Navidad.

Los blancos corporales recuerdan los pañales; la piedra en que está reclinado es la misma en que le recibió en aquella noche, y aquellos impassibles peñascos son otra vez testigos de la misma escena.

Aún está allí María en el éxtasis de su amor maternal; José contempla enternecido el inefable misterio; los pastores entregan al recién nacido sus humildes ofrendas: allá... en las lejanías, se esfuma la vaga silueta de los Reyes Magos. Auras celestiales aletean desde las alturas, y en la región de lo sublime repercute aún el eco de aquel himno incomparable, eternamente verdadero:

«Gloria á Dios en las alturas

«y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.

* *

Al terminar el santo sacrificio se pueden aún sorprender los murmullos de la adoración angélica y hasta parece sentirse en el alma el batir y aun el roce de sus cerúleas alas....

* * *

Es imposible dormir en medio de tanta emoción: se sale de la Gruta por el fondo que da acceso á otras grutas naturales. Entre ellas la de los Santos Inocentes, la tumba de Sta. Paula y de su hija, Sta. Eustochium y el oratorio de S. Jerónimo.

Es muy natural que estos santos personajes cifrasen toda su dicha en vivir y morir á dos pasos de la Gruta de la Natividad.

De allí se sube á la iglesia de Sta. Catalina y de allí, á la terraza del Convento de los Franciscanos.

En aquellas alturas se dilata el alma oprimida por las emociones. La ondina sopla con celestial frescor, después de perfumarse en el valle acariciando los aromáticos senderos. El espacio se dilata por doquiera hasta donde llega la mirada. Bajo el tibio fulgor de las estrellas se confunden las líneas indecisas que separan el cielo y la tierra; instintivamente el oído escudriña aquel silencio.

¿No se oirán tal vez aún los ecos del himno de los ángeles? Por ventura no se aprecia todavía el reflejo de aquella gloria que envolvió á los pastores?

¡Ah! si nuestros ojos fuesen harto puros! ¡Si nuestros oídos fueran más castos! ¡Si nuestro corazón amase más!.... Tal vez así sería. Como que sólo la materia de nuestra indignidad es la única que nos separa del conmovedor misterio.

Así se arroba el alma y ante el espíritu emocionado se desenvuelve el divino poema, que en ninguna parte puede sentirse, ni comprenderse mejor; el Divino Poema del amor de Dios á los hombres según lo compuso el mismo Verbo para el eterno encanto de los Angeles y de los Bienaventurados.

¡Qué mezquinas parecen las humanas elucubraciones á cualquiera que lo haya siquiera vislumbrado. Y ¿Cómo se explica que haya grandes ingenios que no se han percatado de su gloria?.... Tal vez, porque deslumbrados hayan echado pie atrás.

¡Ah! Qué lástima de pluma de oro y de lengua celestial para esbozar dignamente algunos rasgos por lo menos, de esta serie de cuadros que han pasado por nuestra alma en esta noche bendita.

Perdónenos el Señor la osadía de pretenderlo.
